


Colmenario

# La conquista y la literatura latinoamericana

mpecemos con la pregunta básica: ¿cuándo surgió la cultura latinoamericana? Este planteamiento causaba hasta hace poco discusiones agudas y el choque de opiniones a veces muy encontradas.

Unos afirmaban que la cultura latinoamericana —si se trata de la cultura de pleno valor, diferente a la europea— surgió muy recientemente, con la aparición de la nueva novela latinoamericana, y todo lo previo lo veían como algo inmaduro y un epígono. Otros decían, que la cultura auténtica de América Latina empieza a desarrollarse en el primer tercio del siglo XIX, después de haber obtenido la independencia las colonias españolas. En ambos casos, se consideraba que la literatura del periodo colonial copiaba en buena parte los modelos europeos, y lo que se trata en los textos de los conquistadores y de los primeros cronistas de Indias ni siquiera se percibía como literatura, sino historiografía.

Entonces, ¿cuando surgió la auténtica literatura latinoamericana? Apartémonos por un minuto de esta cuestión para plantear otra. Si reconocemos la existencia de la cultura latinoamericana autóctona, tendremos por lo mismo que reconocer su diferencia esencial de la europea. En efecto, difieren en muchos aspectos tipológicos. No basta el libro para enumerar y analizar todas las diferencias, pero la principal, es mi convicción, consiste en el hecho de que se puede señalar con exactitud la fecha de su nacimiento: el 12 de octubre de 1492. No exagero, ya que algunas imágenes y

mitologemas básicos de la literatura latinoamericana se revelan con una claridad asombrosa en el diario del primer viaje de Colón. Se trata de elementos primarios tales como la oposición "Nuevo Mundo-Viejo Mundo", el mitologema de la "realidad maravillosa" de América, el asombro junto con el desplazamiento de la norma europea; la percepción del espacio americano; las imágenes del "buen" y del "mal" salvaje; en fin, el topos utópico del paraíso terrenal (descubierto por Colón hasta su tercer viaje). Todos estos motivos también son evidentes en las cartas y relaciones de los primeros conquistadores y exploradores de Indias. A mi parecer, estos textos fueron las primeras obras de la literatura latinoamericana auténtica, aunque sus autores se sentían a sí mismos españoles, actuaban según los intereses de la "Madre-España" y, claro está, no tenían ni la menor idea de una futura Latinoamérica con su propia cultura.

Mi tarea consiste en revelar algunos elementos básicos del código artístico de la literatura latinoamericana que fueron engendrados en la época de la conquista y están presentes en los textos de los conquistadores.

El proceso de la aparición y la acumulación de estos elementos artísticos nuevos fue inconsciente y procedió de un choque brusco del explorador con el espacio ignoto del Nuevo Mundo. El problema de la relación del conquistador con el espacio del Nuevo Mundo consiste en que se suele investigar sólo uno de sus aspectos: la transformación de dicho espacio por parte de los españoles. Esto es comprensible. Los resultados de tal influjo son materiales y, por ende, evidentes: los advenedizos destruyeron las comunidades indígenas, fundaron pueblos nuevos, abrieron caminos, etc. Pero las relaciones del hombre con el espacio tienen una doble cara: el espacio, convertido en imagen, también ejerce cierta influencia en la conciencia del hombre y, por tanto, en su cosmovisión.

Como regla general, desde la niñez, la imagen del espacio entra en la conciencia del hombre gradualmente y de modo natural. Pero en los con-

quistadores fue un proceso muy distinto, cuando después del brusco traslado al espacio ajeno, experimentaron el choque psicológico de adaptarse al nuevo medio. Claro está que, en este caso, la influencia del espacio, aunque éste casi no fue tomado en consideración, resultó incomparablemente mayor. En buena parte, formó el modo de la percepción del Nuevo Mundo y fundamentó la imagen de espacio que en el futuro se encarnó en la literatura latinoamericana. El análisis comparativo textológico demuestra claramente que la imagen artística del espacio latinoamericano creada por la literatura coincide generalmente con la imagen del espacio reproducida en los textos de los conquistadores. ¿De qué manera se presenta el espacio latinoamericano en las obras de los escritores más famosos? En términos generales, se pueden destacar sus características más significativas: se presenta como un espacio sin límites, caótico, primordial, virginal, misterioso, ambiguo y milagroso.

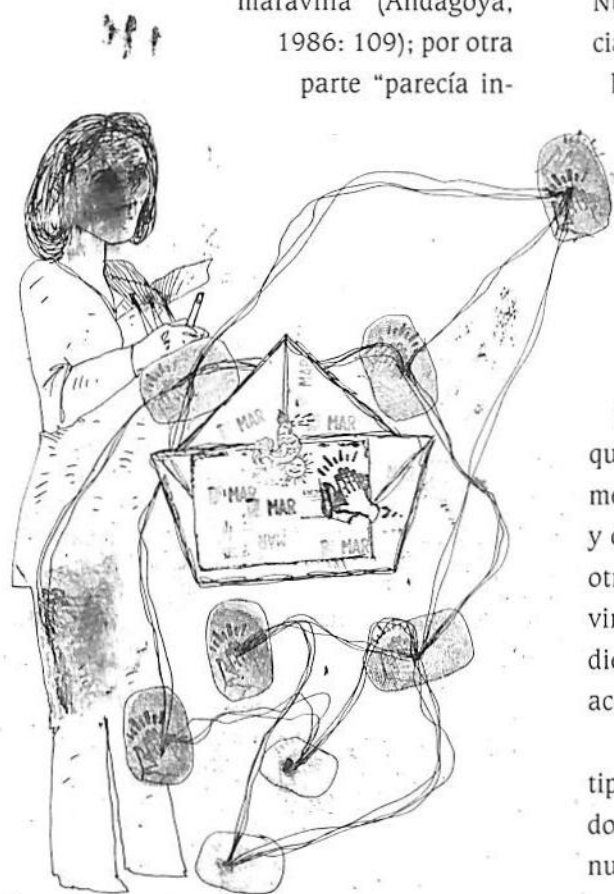
Tomando rasgo por rasgo, se puede demostrar que así lo percibían los conquistadores y exploradores del Nuevo Mundo, a quienes este espacio les parecía ilimitado, ya que desconocían el tamaño de la tierra firme y lo que contenía. Para ellos, América era realmente un mundo de otras dimensiones, y no solamente por su carácter insólito, sino también, dicho al pie de la letra, por su dimensión difícil de imaginar para los conquistadores. Así, Ordaz (en Aguilar, 2002: 169), después de haber visto Tenochtitlán, dijo que era otro nuevo mundo, y Nuño de Guzmán (Carrera, 1955: 281) escribió al emperador: "Sin lumbre y gracia del Espíritu Santo mal se puede hacer cosa ninguna por tierras no sabidas y tal extrañas". Las tierras paganas e inexploradas les parecían a los conquistadores virginales y primordiales, de ahí que defloraron este espacio para apropiárselo.

Lo ignoto siempre se asocia con el misterio. En los textos de los conquistadores se establece una fórmula estereotipada: "saber los secretos de la tierra", la cual define las tareas de las expediciones. "Siempre trabajé de saber todos los más

secretos destas partes que me fue posible", escribe Cortés (1971: 207).

La ambigüedad de la imagen artística del espacio americano parece estar formulada en las palabras de Rómulo Gallegos: "Los llanos son hermosos y terribles". El espacio americano hechiza al personaje, lo llama, lo atrae como imán, y, obedeciendo a su llamamiento, el personaje se precipita adentro para caer en la vorágine, en el infierno verde. Esta ambigüedad, reúne la admiración y el temor, la atracción irresistible y el autoexterminio, refleja la experiencia dura de la conquista. La imagen ambigua del espacio es evidente en los textos de los conquistadores, donde los topos del paraíso y del infierno a veces se avecinan en una página. Por una parte: "La tierra muy sana, fertilísima y apacible y de muy lindo temple" (en Cunningham, 1943: 226), donde "la gente está sana que no adolecen sino por una

maravilla" (Andagoya, 1986: 109); por otra parte "parecía in-



fierno" (Bernal, 1975: 290), y "no hubo reino en el mundo donde Dios Nuestro Señor fuese tan deservido y adonde más se ofendiese que en esta tierra y adonde el demonio fuese más reverenciado y honrado" (Aguilar, 2002: 184).

La atención especial la quiero prestar a la noción de milagro, que es el rasgo inherente de la imagen del espacio latinoamericano. ¿En dónde se engendra este mundo maravilloso en que nos sumergimos al leer las obras de eminentes escritores latinoamericanos? ¿Por qué la conciencia artística del escritor latinoamericano está predispuesta a percibir y a revelar la realidad a través del prisma de lo maravilloso?

Es mi convicción que esta peculiaridad de las letras latinoamericanas también se enraiza en la época de la conquista, cuando lo maravilloso penetró muy profundamente en el código artístico de la cultura posterior. La misma realidad del Nuevo Mundo revivió mitos medievales y peripecias de las novelas de caballería que poblaban el bagaje intelectual del conquistador. La fe en las maravillas de las tierras lejanas no era el rasgo peculiar de los conquistadores; al contrario, habiendo sido engendrada por la cultura de la Antigüedad y del Medievo, fue heredada por todos los que vivían en la época de los descubrimientos, incluyendo la elite intelectual. Pero, a diferencia de los monjes y otros hombres, los exploradores y conquistadores del Nuevo Mundo peregrinaron realmente a tierras lejanas, esperando ver milagros, y de hecho los "vieron" a cada paso. Lo que para otros era sólo una descripción, para ellos se convirtió en una realidad o casi en una realidad que dio a sus fantasmas una calidad muy especial, acercándolos a las alucinaciones.

Pero América no se limita a los viejos estereotipos de "los milagros de Oriente". El Nuevo Mundo muestra al asombrado europeo una realidad nueva, de la que él no tenía ni la menor idea. Por eso los exploradores del continente experimentaron a veces un verdadero choque psicológico ante la realidad desconocida. Este asombro llevaba fre-

cuentemente a la mudez: los textos de los conquistadores están cargados de la figura retórica del silencio.

Pese a su nombre, el Nuevo Mundo renovó y amplió los límites de lo maravilloso. La aparición en el mapamundi de dos continentes ignotos para los omniscientes sabios de la Antigüedad, era por sí mismo el milagro. El Nuevo Mundo parecía a los europeos una tierra maravillosa. De ahí proviene la credulidad de los conquistadores, que hoy día se percibe, a veces, como algo infantil. Bastaba un rumor vago sobre una ciudad de oro, sin que se supiera bien dónde, para que unos centenares de hombres se arrojasen a la selva sólo para encontrar la muerte. En efecto, si revisamos la lista de las expediciones más significativas, veremos que la mayoría de ellas fue emprendida en busca de fantasmas. Siguiendo espejismos, fue explorada y conquistada la mayor parte de ambos continentes. Sin este elemento fantástico la conquista no hubiera podido ser realizada en un plazo tan corto y con un número de gente tan reducido.

Esta percepción del mundo americano se conservó o, mejor dicho, renació en la literatura latinoamericana del siglo XX. La famosa concepción de "lo real maravilloso" de Carpentier está basada en una visión muy específica de la realidad circundante, cuando lo habitual, lo cotidiano se percibe como una realidad extraña y maravillosa. Esta visión reproduce al pie de la letra la impresión de los conquistadores del Nuevo Mundo. A propósito, no es casual que casi todos los autores de la nueva novela latinoamericana fueran lectores apasionados de las crónicas de la conquista.

No pueden ser consideradas como meras coincidencias todas estas afinidades en la percepción del espacio americano de los exploradores y los escritores. El escritor latinoamericano reproduce hasta cierto punto la situación del conquistador, con la diferencia de que está conquistando su mundo no con la espada, sino con la palabra.

En la época de la conquista y en el "código genético" de la literatura latinoamericana, entró

también el asunto más significativo y difundido: el asunto del viaje. En la conciencia del europeo el Nuevo Mundo obtuvo su realidad a través del viaje con la primera expedición de Colón. Los conquistadores también emprendían el viaje inicial a través del océano para posar la planta sobre la tierra del Nuevo Mundo, y el espacio de la tierra firme se desenvolvía en las expediciones con las rutas que a veces superaban los cinco mil kilómetros. Por eso, en general, se puede denominar a la conquista como el grandioso viaje colectivo. El acto de un conquistador —sin tener en cuenta el Acto verdadero— empieza con el viaje, cuando el explorador debe trazar su camino por la tierra ignota, que lo puede llevar al gran descubrimiento, la riqueza y la gloria. En la mentalidad del conquistador (a diferencia de los héroes de la Reconquista), su acción y su hazaña están asociadas, en primer lugar, con el trabajoso camino. Todos los textos de los conquistadores, aun no siendo artísticos, cuentan las expediciones y, por ello, contienen el asunto básico del viaje. Además, ulteriormente cada latinoamericano educado se sentía obligado a emprender el viaje a Europa, por lo menos una vez en su vida.

No vale la pena demostrar qué importancia tiene el asunto del viaje en la novela latinoamericana, enumerando las obras en que este asunto juega el papel principal. Mejor es llamar la atención sobre la interpretación muy específica de este asunto en las letras del continente. Si en la literatura europea el viaje de un personaje se interpreta como el modo de autognosis y de la investigación de la realidad circundante, en la literatura latinoamericana estos fines del viaje, aunque presentes, son de segundo orden, y su objetivo principal es el descubrimiento del propio mundo, diferente del europeo.

Esta interpretación del viaje ligada con la noción del descubrimiento también se remonta al siglo XVI. Conquista era inseparable de descubrimiento geográfico; además, hay que tener en cuenta el hecho de que el Nuevo Mundo proponía al explorador una escala sin precedentes de los descu-

brimientos: se podía descubrir un océano, un mar, una isla, un gran río, un estado, un pueblo, etc. En aquella época maravillosa, la experiencia del descubrimiento no se limitaba a pocos individuos, sino que se convirtió en una experiencia colectiva; o sea, en una impresión viva de toda la nación española.

En los textos de los conquistadores destaca la fórmula "tierra que está por descubrir", que es análoga a "saber los secretos de la tierra", y caracteriza las relaciones específicas del explorador con el espacio americano. Esa fórmula contiene la idea (la sensación) de la interacción del conquistador con el espacio americano. La tierra juega un papel doble: pasivo (el objeto de la influencia) y, al mismo tiempo, el papel activo, ya que "esperando" al explorador lo llama a penetrar en su seno virginal. Lo atrae no solamente con sus "secretos", sino también con la posibilidad del descubrimiento. De ahí proviene una fórmula más, la que denomina la expedición como tal: "ir al descubrimiento". El mismo proceso de traslado en el espacio americano se designa con el infinitivo "descubrir".

Es importante señalar que en la mentalidad del conquistador las coordenadas espaciales habituales son desplazadas por una coordenada específica, que es a la vez la más vaga de todas las posibles, y por ello muy significativa: la que se define con las palabras "tierra adentro". Es allá, tierra adentro, donde traza su camino el conquistador (si no se trata del regreso). Por eso, el espacio interior de la tierra firme está ligado con las nociones de "entrada" y "descubrimiento": "Determiné entrar descubriendo cincuenta leguas la tierra adentro" (en Cunningham, 1943: 192). Allá, tierra adentro, está el centro sagrado, el que se identifica con el mito de El Dorado en sus múltiples variaciones: "Y según informaron al Gobernador adelante la tierra adentro tienen los indios ídolos de oro y de plata" (Cabeza de Vaca, 1988: 154).

La realidad histórica se convierte milagrosamente en la realidad artística. En la literatura la-

tinoamericana, el asunto del viaje también conduce a sus personajes al descubrimiento de su propio mundo para ubicarse en él. Emprenden los viajes primero a Europa; luego, a través del océano, al Mundo Nuevo, y después, tierra adentro, como si repetiesen las rutas de los conquistadores. Y allá, en la profundidad mítica del espacio americano, están sus centros sagrados, donde dan cuenta de las peculiaridades de su mundo y de sí mismos, como sus representantes. Por ejemplo, este asunto es la base de todas las novelas de Carpentier.

El rasgo inherente a la ruta del conquistador consiste en el hecho de que este camino es duro, trabajoso. En los textos de los conquistadores se estableció una fórmula: "recibir hartos trabajos", la que caracteriza la experiencia doliente de la exploración de las tierras ignotas: "Pasamos hartos trabajos y peligros a causa de no saber la tierra" (Aguilar, 2002: 130). Y el más emotivo de los conquistadores, Bernal Díaz del Castillo, no puede contener dos veces la exclamación: "¡Oh, en qué trabajo nos vimos!"; ¡Oh, que cosa trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas y de la manera que nosotros nos aventuramos!" (Díaz del Castillo, 1975: 100).

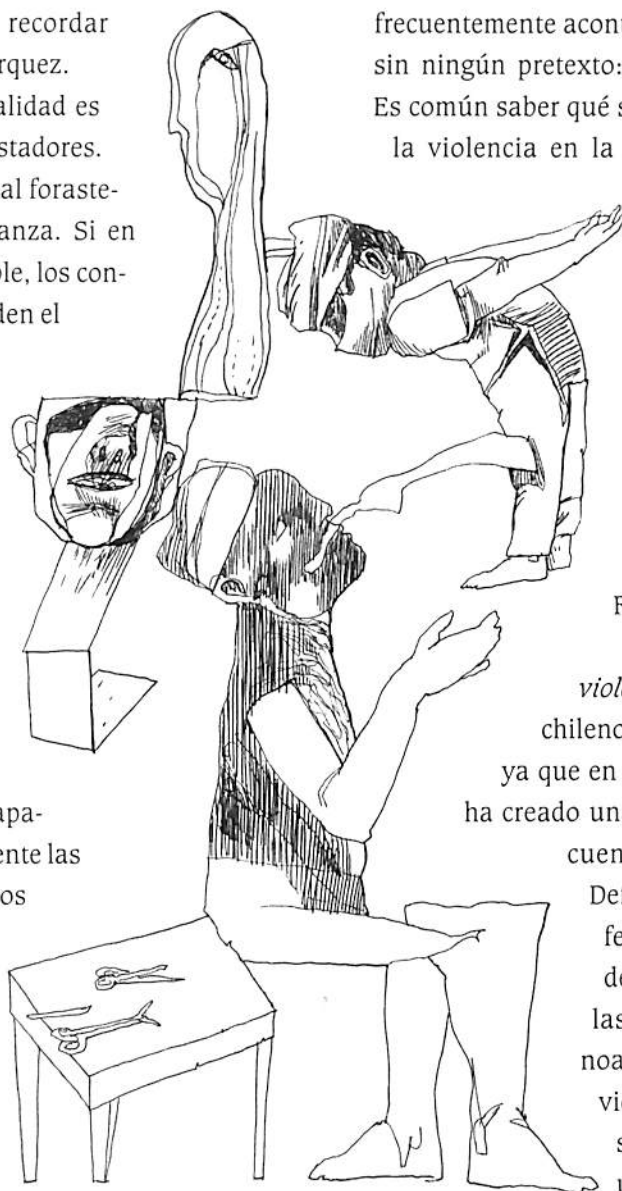
Las mismas propiedades tiene la ruta de los personajes de la literatura latinoamericana. Por el camino, éstos sufren duras pruebas (incluyendo errores y crisis mentales). El espacio artístico está lleno de innumerables obstáculos de carácter natural o antropogénico, y cada uno entraña una amenaza; por ello, el espacio americano obtiene una marcada característica del espacio peligroso. Basta recordar "La vorágine", de José Eustacio Rivera; las novelas de Gallegos y *Hijo de hombre*, de Roa Bastos, aunque se puede nombrar docenas de obras que reproducen este carácter del camino.

Muchos de los personajes de la literatura latinoamericana, directa u oblicuamente, reproducen el modelo de la personalidad del conquistador. Esto se manifiesta sobre todo en sus relaciones con el medio ambiente: cruel, hostil y peligroso.

El personaje tiene que tensar las fuerzas para conquistar su lugar en este mundo contrario. Así en la literatura latinoamericana se repite constantemente el asunto principal de la conquista: la apropiación y la colonización del espacio salvaje.

Pero, más convincente, la herencia espiritual de la conquista se revela, a mi parecer, en una peculiaridad de los personajes literarios, que puede ser definida como la obsesión. Se trata de una pasión interna; es decir, un rasgo de personalidad sobrante, excesivo, que absorbe al hombre. Los personajes de la literatura latinoamericana tienden a hollar la norma europea, traspasar los límites de lo posible, de lo permitido, del sentido común, como si se igualasen con su mundo anormal. Basta recordar los héroes de García Márquez.

Este rasgo de personalidad es muy propio de los conquistadores. El Nuevo Mundo esculpe al forastero a su imagen y semejanza. Si en estas tierras todo es posible, los conquistadores mismos pierden el sentido del límite. La abundancia de las maravillas de la realidad circundante los hace realizar milagros. Así como el Nuevo Mundo rompe las normas europeas, el conquistador traspasa los límites del miedo, de lo razonable, del cálculo elemental. No fueron capaces de estimar juiciosamente las distancias, ni los peligros que les esperaban, ni las fuerzas del enemigo; pero todo esto, paradójicamente, se recompensa con su incapacidad de valorar sus pro-



pias posibilidades y fuerzas. Si hubieran conocido lo que les esperaba, nunca se habrían atrevido a conquistar, con un puñado de gente, imperios enteros. Su inconsciencia los llevaba a veces a la victoria, porque conocían el balance real de las fuerzas sólo cuando era demasiado tarde para retroceder. Y entonces traspasaban sus límites humanos y realizaban milagros. Basta un solo paso para que trascienda la norma y se pierda el sentido de lo imposible. Así, el espacio y la fe como milagro modelan el carácter del conquistador.

Y en los personajes de la literatura latinoamericana llama la atención su inclinación a la violencia y su impulsividad, que no deja lugar al razonamiento; su preparación para el asesinato, que frecuentemente acontece por un motivo de nada o sin ningún pretexto: como un golpe precedente. Es común saber qué significación tiene el tema de la violencia en la literatura latinoamericana.

Cualquier lector sensible siente no solamente el "grado" muy alto de la violencia, sino también su, digamos, "aura", cuando la violencia impregna la atmósfera de la obra y a veces se realiza inconscientemente y sin causa alguna. Basta recordar la obra de Rulfo o de Vargas Llosa.

En su libro *Imaginación y violencia en América* el escritor chileno Ariel Dorfman (1970) subraya que en América Latina "la violencia ha creado una cosmovisión que no se encuentra en ningún otro lugar". Define muy precisamente las diferencias en la interpretación del tema de la violencia entre las literaturas europea y latinoamericana. En la primera, la violencia existe fuera del personaje. Representada como una de las alternativas y como

regla, el personaje llega al fin y al cabo a la negación de la violencia. En la literatura latinoamericana —afirma Dorfman—, “la violencia escoge a uno desde que nace[...] Es el ser más íntimo del hombre latinoamericano[...] Es la prueba de que yo existo[...] Al aceptar la violencia por ciega que sea, los personajes rechazan métodos no americanos para resolver sus problemas” (Dorfman, 1970: 9, 14 y 27-28).

Es un ejemplo más de cómo la historia, transformándose, se encarna en el arte. El tema de la violencia está enraizado sin duda en el siglo XVI, ya que la conquista fue por sí misma una gran violencia, que destruyó el género de vida de los pueblos autóctonos. El “viaje americano” está ligado tanto con el descubrimiento, como con la violencia; se puede decir que fue el descubrimiento del mundo propio a través de la violencia. Pero esta constatación define paradójicamente no sólo el aspecto destructivo de la conquista, sino también su aspecto constructivo. Se trata del nacimiento traumático del cosmos nuevo, de la nueva civilización, de la nueva cultura. A las múltiples hipóstasis de la conquista se puede agregar una más. Conquista como descubrimiento, destrucción, colonización, evangelización, y formación de pueblos nuevos, pero también, creación de una nueva cultura. Se puede resumir que fue la conquista, con todos sus componentes, la que fundamentó lo que hoy se llama América Latina. LC

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Francisco de (1980), *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, “Serie de Historiadores y Cronistas”, México, UNAM-IIH, Núm. 7 [edición, estudios, presentación, notas y apéndices de Jorge Gurría Lacroix].
- Andagoya, Pascual de (1986), *Relación y documentos*, Madrid, Historia 16 [ed. de Adrián Blázquez].

- Cabeza de Vaca, Álvar Núñez (1988), *Naufragios y comentarios*, México, Fontamara.
- Carrera Stampa, Manuel (1955), *Memoria de los servicios que había hecho Nuño de Guzmán que fue Gobernador de Pánuco en 1525*, México, Porrúa.
- Cortés, Hernán (1971), *Cartas de relación*, Col. “Sepan Cuántos...”, México, Porrúa, Núm. 7.
- Cunninghame Graham, Roberto B. (1943), *Pedro de Valdivia, conquistador de Chile (Su biografía y epistolario)*, Buenos Aires, Inter-Americana [ver. cast. de Elvira Esther Romero].
- Díaz del Castillo, Bernal (1975), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Barcelona.
- Dorfman, Ariel (1970), *Imaginación y violencia en América*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

